

Hubiésemos deseado escribir aquí en primer término sobre la obra del escritor cuya memoria se honra en el acto de que da cuenta esta monografía (1), pero escribimos en la soledad más absoluta sin un libro a mano que reafirme nuestra memoria. Vayan entonces reiterados los no escasos artículos escritos sobre ella y que fueron siempre un elogio sin reservas porque mucho lo admiramos.

Setenta y tres años tenía González Vera cuando murió. Lo vimos por vez última pocos meses antes, y su lucidez era perfecta. Nos sería grato leer algunas de sus últimas líneas ya que, de seguro, ellas nos lo confirmarían. Porque allí estaba con su misma gentileza, su gracia ática, su bondad tranquila que parecía derivar de una voluntad siempre alerta para comprender a su prójimo no menos que a su prójima, y también de su desencanto de la vida. Desencanto no trágico. Existe una bondad sonriente, incluso una manera afectuosa de burlarse un poco de la naturaleza humana. Thomas Mann la poseía. González Vera tuvo en ella un gran recurso para explicarse y excusar a los otros; esos otros que tan a menudo deben haberle sido bien inferiores en el terreno moral. Dice acertadamente Hernán del Solar que González Vera "amó la vida, quiso que todos los hombres la amaran limpia y gozosamente. Por eso escribió"; creemos que sí, en parte por eso. Pero en una mayor porque todo el que es escritor nacido, indefectiblemente escribirá. Que González Vera lo fue eso lo saben a fondo los que entienden auténticamente de literatura (en la más estricta verdad vamos a decir que son muchos menos de lo que se cree). Su deseo de que los demás amaran la vida se traducía en su constante buena voluntad para ayudar a los otros, para disimular los defectos, las actitudes y hasta las ridiculeces de la criatura humana. En una ocasión, luego de oír, paciente, una conferencia que, cuentas hechas, había resultado un bodrio, al preguntársele respondió suave:

"Bueno, no era imprescindible lo que dije".

Pero aquella disposición suya para servir y ayudar a quien fuese, no siempre fue reconocida con lealtad. Un escritor que sí vamos a nombrar porque quien nos relató el hecho nos merece todo el crédito que emana de las personas de bien, un escritor, Fernando Alegría, hoy en Norteamérica, no retribuyó a nuestro amigo la bondad con que, en oportunidad de sus tiempos difíciles, lo ayudó en grandes y pequeños servicios. En efecto, al hablar de González Vera en un libro, lo hizo en forma que vamos a calificar de irrespetuosa para seguir el siempre benévolo lenguaje del autor de *Alhué*. Como él, no faltaron otros, pero en ocasión de aquel libro lo lamentamos especialmente por ser Alegría un buen escritor, más exactamente, para nuestro gusto, un buen cuentista.

¿Y qué hacía González Vera en casos como el arriba expuesto? Pues, olvidaba. No es un decir. Olvidaba realmente quizá si por faltarle espacio vital en el mundo interior para tales recuerdos.

Ahora bien, este hombre sonriente que se hubiese dicho que no se detenía a examinar mayormente a los que se le acercaban, era un observador cuya acuidad puede apreciarse a lo largo de todos sus libros. En dos de ellos, "Cuando era Muchacho" y "Algunos" hay retratos de contemporáneos famosos en los que el mayor atractivo se diría que radica en el detalle del gesto o el acto intrascendente que tiene la virtud de presentar al sujeto en toda su trascendencia, precisamente. ¿Y qué decir de esa galería de tipos que desfilan ante el muchacho que él fue, que miraba, oía y no olvidaba?

Muchacho incorruptible estuviese donde estuviere. Y que no faltaron sórdidos lugares a que, un poco su escasez pecuniaria y otro poco su espíritu aventurero y ya entonces gran amorador de la vida libre, lo llevaban. En mala y buena literatura se ha recurrido al diamante para simbolizar la incorruptibilidad; digamos simplemente que González Vera lo fue toda su vida y en toda ocasión y lugar en que serlo era cosa nada fácil. Sin violentarse y sin violentar guardó celoso aquella su sana concepción moral de la vida.

Pensemos que esta actitud interior la sustentaba un hombre sin fe religiosa. Que sepamos, ésta no constituyó conflicto en él. No creía, con la misma naturalidad con que respiraba. En lo que sí creía era en el hombre libre. Libre en todos los terrenos. De joven fue un ácrata. Personalmente, creemos que lo fue, silencioso, hasta el fin de sus días. Del Solar nos hace notar que "a González Vera no se le agrupa junto a los escritores "compro-

metidos". Y es claro que no. Porque entendía, como entendemos muchos, que "ese" compromiso y medida de la libertad es una

Vamos a contar aquí una brevísima historia. Un día, alguien familiar nuestro nos dijo a boca de jarro: "Te dieron el Premio Pedro de Oña de la Municipalidad de Nuñoa". Abrimos los ojos como plato, lógicamente. Nuestro aislamiento, nuestra posición apolítica, todo hacía creer en un error. Pues, era cierto, para nuestra gran extrañeza. Esta duró hasta que Enrique Espinoza nos comunicó que en el jurado estuvo González Vera. Su palabra, su prestigio convenció a los otros...

Se comentaba hace años que en Santiago había tres mosqueteros, que en realidad, como en el libro, eran cuatro: González Vera, Enrique Espinoza, Manuel Rojas, los tres; el cuarto: Mauricio Amster. Se reunían, puntualmente, un día a la semana a tomar el té en un salón del centro. Algunas veces, muy a las perdidas los visitamos ahí a los cuatro. Conste que era un honor porque el círculo se mantenía muy cerrado cual corresponde a una aristocracia del espíritu. Un quinto comensal concurría cuando solía regresar a Chile: Ernesto Montenegro. Sobra decir que la cultura, la inteligencia, el ingenio y la amistad daban a esas reuniones un carácter excepcional en nuestro medio. No menos excepcional fue que se mantuviera por larguísimo años. Hoy día han desaparecido. ¿Fue González Vera el gran nexo que las mantuvo?

En fin, es necesario recordar que nuestra labor es la crítica. Vamos a hacerla.

Tres son los escritores, ya nombrados, que firman los contenidos de este folleto. Hernán del Solar hace emotiva referencia a la bondad invariable de González Vera. Teme que acaso la leyenda, la historia "no vea

qué ingenio, humorismo, bondad, comprensión se sustentaron en una esencial soledad, una severa soledad que le arrebató ilusiones acerca de grandes sueños que con grandes palabras están agitando hombres que no son grandes". Y cuando alude a los que no lo comprendieron como escritor dice: "Aquí no cabe sino asegurar que es imprescindible aprender a leer".

La sencillez para expresar sus recuerdos centrados ellos en aquella constante indulgencia de su amigo, que sin embargo "distinguía inequívocamente a los hombres", y nunca dio su bendición "al desleal, a un perdonavidas, a un forjador de engaños", esa sencillez, decimos, revela en Del Solar la legitimidad de su memoria.

Sentimos no poder decir lo mismo de Manuel Rojas. Aparte las tres primeras líneas y alguna otra, no más, su oración está mal. ¿Qué le ocurrió o qué le está ocurriendo al gran novelista? Porque la desgracia es que su disertación es mala en el fondo y en la forma. Esta es seca, de una opacidad monocorde, no logra levantar ni medio tono. La gracia de que ahí habla, y tan reiterativo, huvó, precisamente, de él. Ahora, el fondo se siente fallido. Acaso pertenezca Manuel Rojas a aquellos escritores sentimientos personalísimos, en el silencio y la quietud de la creación novelesca. Sólo ello explica que en un escrito para el que la ocasión pedía el tono medido y levantado haya caído en la debilidad de meter la cuestión política (¡ah, país enfermo hasta los huesos de politización!). Todos sabemos que González Vera no fue hombre que pusiera ilusiones muy radiantes en la política. Sus ideas sociales eran firmes, su filosofía del bien planeaba por encima de aquella. Pues léase la frase final de este desafortunado discurso: "no murió contento y siempre deseó que esta sociedad burguesa, con toda su inmundada conducta, fuese cambiada hasta más allá de sus raíces y del modo más rápido".

Y sin embargo, nos consta que al autor de este pasaje tan pésimo cultivó una amistad leal y profunda por el compañero de letras y avatares.

Finalmente, sólo haremos una alusión al tercer orador. No cabe duda de que Espinoza se refugió en el tema "González Vera y los Israelitas", para expresarse con tranquilidad y aún cierto humor en homenaje directo al que aquél cultivaba toda su vida. Porque no ha de ser cometido fácil referirse a la persona misma del amigo para siempre desaparecido cuando se ha vivido durante treinta y cinco años la más hermosa y entrañable amistad que nos haya tocado conocer.

(1) "Homenaje a González Vera". Discursos de Manuel Rojas, Hernán del Solar y Enrique Espinoza en el acto auspiciado por el Instituto Chileno-Israelí de Cultura, en la Universidad de Chile. Edición "Amigos de González Vera". 1971.